

## **TRAJE NEGRO Y SOMBRERO.**

Me han metido en la parte trasera de una furgoneta blanca. Desconozco a dónde me llevan, pero mi arresto no me ha cogido por sorpresa.

Minutos antes, el hombre de la gabardina oscura y pelo canoso que ahora conduce el vehículo, ha llamado insistentemente a la puerta y yo, he decidido abrirle y no oponer resistencia. Sabía que me acabarían atrapando.

Lo supe desde aquel día en el que los dos hombres de traje negro y sombrero se habían presentado en mi casa. Me pidieron que les mostrase los documentos clasificados que me había pasado el gobierno. Me negué y les rogué que se marcharan. Ellos se miraron, asintieron y se fueron. Me arrepiento profundamente de aquello.

Momentos después, recibí la llamada de una mujer. Su voz me resultaba familiar, pero no lograba saber de quién se trataba. De forma cada vez más frecuente, empecé a recibir visitas de extraños.

Una tarde, me desperté de la siesta y me encontré a un joven de unos veinte años abriendo mis cajones y rebuscando entre mis papeles. Me quedé inmóvil, en el sofá, fingiendo que seguía dormido. Tras quince minutos, el chico abrió la puerta y se fue.

Ese muchacho apareció otro día y me obligó a ingerir dos pastillas. Recuerdo que unas horas después, empecé a sentirme desorientado. No recordaba bien donde estaba.

El chico venía continuamente y el proceso se repetía. Tomaba las pastillas y, posteriormente, volvía a encontrarme desubicado.

Tenía la seguridad de que en algún momento, me llevarían con ellos. De esa forma, acabarían consiguiendo la información que querían y mientras el momento de mi detención se acercaba inminentemente, yo seguía con mi vida. Aunque esto cada vez se hacía más laborioso, pues cada día me encontraba peor. Algunas tardes recuerdo que me despertaba y no sabía dónde estaba. Las drogas que el joven me suministraba cada vez me causaban más estragos, pero las seguí tomando por miedo a lo que ellos me pudieran hacer.

Y hoy ha llegado el gran día.

El conductor ha aparcado la furgoneta. Pronto descubriré que será de mí.

A mi padre se lo diagnosticaron en enero.

Una mañana fuimos a dar un paseo y al cruzar delante del kiosko donde siempre compraba el periódico, pasó de largo sin comentar nada. Le pregunté que por qué no quería comprar la prensa y le noté algo extraño. Entramos a la tienda y le vi nervioso. Me dijo que no recordaba qué periódico compraba habitualmente. Esa tarde, mi hermana le llamó para comprobar qué tal estaba.

El día que fuimos a que le hicieran una revisión médica, no se acordaba de esta cita y cuando el médico le preguntó, contó una rara historia de unos hombres que entraron en su casa. Creo que es su forma de interpretar la enfermedad.

Cuando el doctor nos contó lo que tenía, comencé a acudir a su casa más a menudo. Le llevaba las pastillas, lo observaba y le ordenaba la casa. Al principio me saludaba y hablaba tranquilamente conmigo, pero un día le encontré durmiendo la siesta y cuando se despertó, se quedó mirándome, sin decir nada, mientras yo colocaba su mesa.

Cada semana que pasaba, el deterioro se hacía más evidente. En medio año, pasó de tener algún que otro despiste, a olvidarnos completamente. Cada vez que lo pienso, me resulta más triste. Nos ha olvidado.

Hemos decidido que a partir de ahora, ya no puede vivir solo. Yo empiezo a trabajar la semana que viene y ya no puedo seguir yendo a cuidarlo todos los días. Lo hemos pensado y la residencia va a ser lo mejor para él y para nosotros.

Esta misma mañana, mi cuñado ha ido a buscarlo. Pasará un par de días con nosotros y el lunes entrará en la residencia.

Es terrible pensar que el Alzheimer ha podido destrozarse en unos meses una vida entera.

Para él, solo somos desconocidos. Solo desconocidos.

